

Will Self

Un paraguas

Traducción del inglés de
Daniel Gascón

Siruela

Nuevos Tiempos

A Deborah

Un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas.

JAMES JOYCE

Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono...¹. Abí viene Zachary, desde la garita del portero, donde hay una radio junto a la tetera y la ventana está rota, de manera que el calipso de Muswell Hill calienta la fría mañana de Friern Barnet, se queda con él y envuelve su cabeza en un aliento pop que se condensa rápidamente. Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono, oh soy un hombre mono... El rocío ha ablandado los jardines y las lindes, él tiene los brazos y las piernas rígidos – una rigidez que asocia con la tensa postura de esta noche cuando aborté los titubeantes comienzos de un encuentro para el que no existía compromiso. Mientras Miriam alimentaba al bebé en la cama matrimonial cables y tuberías enroscados en vapor de leche y pedos – el enorme proyectil se replegó en la cuna de mi vientre y mis muslos... Soy un hombre mono, un hombre mono-mono... el volante del Austin vértebras de plástico dobladas, cifósicas... tiró de sus hombros cuando llevaba el coche desde Highgate, luego lo metió por East Finchley – las rodillas incómodamente atrapadas bajo el salpicadero – luego por la North Circular y por delante de los bloques de pisos que tapaban el Memorial Hospital antes de girar a la derecha en Woodhouse Road. Bajo el capó los pistones martilleaban su cóccix, el cigüeñal giraba su pelvis una y otra vez, y cada parada y arranque, cada giro y desvío – la mera rotación de sus globos oculares en las cuencas – no calmaban la tensión, sino que la retorcían todavía más en su esqueleto: taldroybroca, mandrilentorno, encendido. En su situación ya exarcebada había considerado la ciudad una inversión, y había visto los paralelogramos de bosque oscuro y césped durmiente como arte-

¹ La frase pertenece a la canción de los Kinks «Apeman», escrita por Ray Davies e incluida en el álbum *Lola versus Powerman and the Moneyground, Part One*, de 1970. (Todas las notas son del traductor.)

factos fabricados por el hombre y rodeados por una capa creciente de ladrillo, asfalto y cemento que *se ondula hacia el horizonte a lo largo de los surcos de las calles suburbanas...* Aunque su problema doméstico no está en modo alguno inactivo, ni solucionado, y el día por delante – ¡Ach! *Un gusano beis de crema antiséptica se retuerce en la grieta podrida de una úlcera de decúbito...* Amargamente, había pensado: ¿Es mi título en psicología siquiera relevante cuando hablamos de primeros auxilios, el desfile enfermo de una confusa milicia ciudadana?... *Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono...* El trayecto hacia el trabajo ya es casi automático. – Aun así, es una sorpresa que su destino sea esta *locura con una Tienda Benéfica. Ahí viene Zachary...* Sus zapatos Hush Puppies olisquean en el camino de grava que lleva desde el aparcamiento del personal – donde el acero se enfría junto al tictac de los relojes florales – hacia la larga repetición de ventanas de arco y puertas de arco, de pórticos elevados y torretas de techos altos. *Ahí viene Zachary...* arrastrándose ruidosamente hacia la alta bóveda central con los campanarios laterales en los que nunca han sonado campanas, ya que solo son pozos de ventilación camuflados diseñados para *aspirar el olor putrefacto del manicomio...* *Ahí viene Zachary...* evitando los ojos que no ven de la deslustrada estatua de bronce oculta tras unas forsitias – un joven claramente *hebefrénico...* el rostro inmóvil para siempre en un gesto doliente, los pliegues de su ropa *plausiblemente pesados...* porque parece totalmente sometido al paso de la propia existencia. *Ahí viene Zachary...* husmeando junto a las ventanas de arco, y las puertas de arco y luego las ventanas de arco *otra vez.* Se admite a sí mismo en esta pieza monumental de trampantojo no por las majestuosas puertas principales – que siempre están cerradas – sino por una discreta puerta lateral – y eso está bien, puesto que comienza el final del engaño de que se encontrará con un Foscarini o un Pisani, cuando la realidad es: bajo el banco cubierto de vinilo *color huevo seco,* y tendido sobre él un *malhechor,* su rostro – como el de tantos enfermos mentales – es *un neoplasma paradójico, los rasgos envejecidos acaban de formarse para temblar tras un hombro defensivamente levantado.* Una voz intimidatoria dice: Se le confinará en su planta y no recibirá asignación esta semana, ¿COM-PREN-DE? *Oh, sí, comprendo perfectamente...* que es la razón por la que él sigue caminando deprisa, sin deseos de ver nada más de esta *mezquindad rutinaria...* *Ahí viene Zachary – y viene por un breve corredor con paneles de aglomerado húmedo, luego desciende unas escaleras hacia el pasillo inferior.*

Ahí viene Zachary – y viene – ha apretado el maletín contra el pecho, lo ha abierto y ahora se quita su bata blanca en pequeñas nubes rígidas. Necesitará una, Busner, había dicho Whitcomb – un gilipollas alegre, su cara larga una fracción, los ojos divididos entre la boca por el bigote – o los pacientes pensarán... ¿Pensarán qué? ¿Pensarán qué? Pero la capacidad de concentración del especialista era tan breve que había perdido interés por su propia frase y se había puesto a ensanchar la cavidad carbonizada de su pipa con el extremo de una cucharilla, una compleja tarea ejecutada ineficientemente sobre la superficie nudosa de sus rodillas de patizambo – ¿Por qué eran las sillas de la habitación del personal demasiado bajas o demasiado altas? Ahí viene Zachary – y viene... Soy un hombre mono, un hombre-mono-mono, oh soy un hombre mono, sus zapatos separados se arrastran por el suelo, deslizándose sobre trozos de linóleo, golpeando en las losas, la punta raspando el viejo asfalto, donde estaba expuesto. Rrr-asgando. Se pregunta: ¿Quién soñaría con algo así, con cubrir los pasillos, incluso las plantas, de un hospital con la superficie de una carretera? Sin embargo hay una razón – una razón intimidatoria, halagadora, salvaje – que se explica a través de las voces que resuenan dentro de las cabezas hueudas y muy duras de los pacientes, de sus corredores cerebrales y sus dormitorios corticales... porque son distancias de carretera – cien metros, treinta metros, treinta más, una North Circular del alma. Pero no hay señales, ni Tally Ho Corner – en vez de eso: ventanas ojivales que se asoman a los patios espaciosos bajo capas de mugre, zonas de ejercicio, en realidad, separadas por las alas y ramales que parten la larga trinchera sin sol entre la primera y la segunda zona del hospital. Ramales que brotan de las alas – más ramales que brotan de ellas, todas las locas bacterias que constantemente se vuelven más grandes y complejas en el hospitalario sustrato suburbano. Ahí viene Zachary... En el lado del pasillo que no tiene ventanas hay puertas con signos mandones: PORTEROS, CAFETERÍA, CAFETERÍA DEL DEPTO. DE MANTENIMIENTO, SINAGOGA, BOUTIQUE – ¡boutique! Luego CUARTO DEL PAN – una habitación llena de pan... y también hay rampas que llevan a las plantas superiores. Ahí viene... y todavía las aberturas de garganta profunda delante de él, un esófago de franjas de luz donde hacen mella bandas de marcas de viuela – el proyecto decorativo original de los enlucidores – o salpicado de medallones y rinconeras de piedra rústica teñidos de marrón. Ahí viene... tocando con ternura las venas desconchadas de viejas tuberías de gas, al cobre desnudo de una de ellas le han

pegado con celo un solo folleto de una FAMOSA BANDA DE SWING, The Rhythmaires – pero él, piensa, ¿puede estar tan anticuado, o es que el aire que hay aquí dentro y todo lo demás envejece más deprisa? Esto está en la esquina donde se cruza el pasillo del oeste, una esquina redondeada *gastada por el roce* – ¡No! *La habían diseñado así para evitar que se suicidasen, como harán.* Y acostúmbrese, dijo Whitcomb alegremente tras su *bigote como un peine de plástico*, porque tendrá que tratar con muchos más. Es así, es como es. Una pena, pero es así. A lo mejor el Parlamento ha abolido la horca... expulsó pequeñas y aromáticas nubes de *cósmica metedura de pata...* pero aquí sigue siendo el primer método de ejecución – ¡esta década está resultando tan promiscua como la anterior! No es que Whitcomb fuera insensible, simplemente es que *es así*, como tantos psiquiatras de competencia pasable, estaba tan acostumbrado a hablar con los angustiados y trastornados en un tono de neutralidad preocupada, y a usar un vocabulario purgado de cualquier palabra perturbadora, que cuando estaba libre resultaba ridículamente inoportuno, o lo habría hecho *si hubiera habido algo de lo que reírse.* Tampoco esperaba que su nuevo ayudante se encargara de los divertidos suicidios – sin duda no tomaría muestras, ni siquiera miraría – *¡para eso estaban los enfermeros, claro!* – solo debía estar preparado por si los más vivaces, *con energía burbujeando en su melancolía*, colaban una sábana en el baño, la rasgaban, la enrollaban y la ataban al codo de la tubería donde se unía a la cisterna. *La bendición y la maldición de la fontanería victoriana*, pensó Busner que podría haber dicho Whitcomb – hacía ese tipo de observaciones – pero en cambio se vio obligado a construir su propia homilía, porque cualquier muerte, por insignificante que fuera, requería al menos su consideración: *La bendición y la maldición de la fontanería victoriana es su robustez. Por muchas patadas y golpes que diera, el suicida más entusiasta no podría romper la tubería...* A veces conseguían – eso lo dijo Perkins, el más desagradable de los enfermeros jefe de la 14, una de las dos plantas de enfermos crónicos a las que estaba destinado Busner – colgarse de la puñetera cadena, ¡te lo puedes creer! Los encontramos con los pies descalzos metidos en el cagadero... Busner lo creía. Veía riachuelos de orina y heces que corrían hacia el desagüe entre metatarsos, *goteando sobre la tapa del inodoro mientras arriba la cisterna chisporrotea sin parar...* Esa primera suicida, que él no solo había visto sino que había ayudado a Mboya – el enfermero amable – a bajar, se había colgado de la tubería totalmente fiable, y así en la muerte había quedado

encajada en el incómodo hueco entre esta y la ventana blanca que habían partido por la mitad al hacer la separación necesaria para que existiera el cubículo – *todavía más pruebas – por si se necesitara alguna – del modo en que el hospital alteraba su propia estructura celular a fin de crear nuevas morfologías para nuevas patologías que debían ser diagnosticadas por psiquiatras acreditados por nuevas asociaciones profesionales...* mientras los internos seguían siendo los mismos, pacientes solo en la manera en que ella lo era ahora: inerte, sin señales de haber vaciado sus tripas al margen de... *ese olor*. En cambio, su piel de papel, *ah tan fina*, arrugada en la franela de algodón de un camión demasiado grande. Era, había pensado Busner, una polilla seca y muerta, su estructura celular que se pudre dentro de otra mucho más grande.

...Al margen de *ese olor fecal, sin duda – pero también anti-sépticamente químico, con un fuerte toque de abrillantador* – una mezcla todavía más intensa del hedor que emanaba de los poros, bocas y respiraderos ocultos de los internos confinados en la primera planta psiquiátrica que Busner había visitado, más de una década atrás, cuando había preguntado *con la ingenuidad del estudiante*: ¿Qué es ese olor? Y le habían dicho que era paraldehído, un sedante líquido tan uniformemente marrón como el estado que debía producir... *en Henry, en Napsbury... donde todavía está... mi hermano, para no olvidarlo*. Paraldehído: ¿cuánto se había echado en gargantas en los manicomios a lo largo del último medio siglo? ¿Litros... garrafas... toneles? *A manguerazos, en realidad, para apagar el fuego*. Y ahora lo que quedaba – *esa lluvia dentro del edificio, esa vieja lluvia oxidada que caía desde el yeso saturado al suelo de asfalto*.

Todo esto había impulsado a Busner hacia delante *lentamente, como si se moviera sobre un mar verde y salado*, el sonido de los llantos, sollozos y risas estridentes amplificado por el pasillo de quinientos metros, distorsionado por sus decenas de huecos, luego conducido por sus estrías de manera que, con precisión infalible, le llegaban a un oído y giraban por su cabeza hasta el otro... *Axial: Atrevido como el Amor.² Ahí viene Zachary, mi brazo trémolo vibra cuando canto a mi propio ser de no-pises-en-las-grietas...* delante de la PELUQUERÍA y la SALA DE ESCULTURA, luego fuera del

² Alusión a *Axis: Bold as Love*, el segundo álbum de estudio de The Jimi Hendrix Experience, publicado en 1967. A lo largo del texto hay más referencias al disco y a la canción «Bold as Love».

edificio principal del hospital hacia la TERAPIA DE ARTE y la SALA DE REMINISCENCIAS – esta última era una innovación humanitaria de Whitcomb. En esa parte del pasillo la luz que llega de las ventanas que dan al sur le produce la sensación de rodar asquerosamente en una trinchera, *paraldehído... paral-... ¡parados!* esa era la palabra: el lado de la trinchera en el que se ponían de pie para *disparar la ametralladora, su través... el patio interior, su manera compulsiva de abatir al enemigo que llega mugiendo sobre la hierba dormida: locura – una banshee. Ahí viene Zachary...* No es que tuviera el pasillo para él solo – ha habido un constante flujo de personal y algunos pacientes decididos de camino a comprar patéticas provisiones o asistir a las sesiones de terapia. Unos cuantos decididos – pero muchos más a los que han dejado salir de las plantas simplemente para que vaguen por el amplio edificio. Había un pelotón – o eso le han dicho – que iba desde la oficina de Servicios Sociales de Camden en el noroeste hasta la oficina de Servicios Sociales de Haringey al noreste, y luego se dirigía hacia el sur por el pasillo de abajo, y lo recorría entero antes de volver a girar hacia el norte, y así completar un circuito de kilómetro y medio por el interior del hospital que sus miembros repetían una y otra vez, hasta que eran instados a detenerse para alimentar sus vientres, o para descansar los pies, o para tomar medicación... *por sus guardianes.* Sí, ha habido pacientes con sus chaquetas de caridad de dobladillos manchados, calcetines gruesos que salían de tobillos delgados, ojos caricaturizados por las monturas de empollón de sus gafas de la Seguridad Social – para quienes *el pasillo es un destino.* Ninguno de ellos es real – ni remotamente creíble, ni comparado con esto: *Ahí viene Zachary... la voz-yo, la voz sobre mí, en mí, que es más yo que yo... tan real, ab-so-luta-mente, ¿acaso la misma consciencia no podría ser solo el marchitarse de una psicosis en toda regla?* Eso, piensa Busner, debe ocurrirle a todo el mundo, todos los días, muchas veces, independientemente de que esté caminando por un pasillo tan largo que reta la cordura de *un nacido una vez y alegre Whitman. Aun así... es la forma en que la locura miente sobre la locura...* una locura que ya ha apartado su carrera de la línea principal antes de empezar, y lo ha enviado *rodando a la vía muerta que conecta con este laager,* con sus *muy formales médicos del alma y sus prisioneros, todos obligados a servir bajo el campanario, la torre del depósito de agua y la chimenea de ladrillo manchado cuya nube de humo amarillo lame el cielo sobre el norte de Londres. Ahí viene Zachary...* el pasillo es estrecho – tres metros como mucho – pero nadie de ese tráfico

humano lo ha detenido hasta ahora — cuando lo obsesiona una obsesiva. Es una paciente: una mujer, una vieja... *una mujer tan vieja, tan encorvada, tan cifótica*, que su rostro invertido mira el holgado vientre acrílico de su propia chaqueta y *asiente vigorosamente ante él*. Eso es todo lo que Busner puede ver: la parte trasera de su cabeza *de muñeco que dice sí*, el pelo blanquecino que se aleja de dos calvas — una en la coronilla, la segunda como una banda en la parte trasera de su cráneo. De repente, Busner piensa en gente con tics que ha visto en esta planta de enfermos crónicos, que enroscaban la cabeza en el ángulo entre la cabecera y la parte trasera de su sillón asignado: enfermos llenos de tics, que se agotaban mientras la oportunidad martilleaba dentro de la pantalla de televisión y el aplauso llegaba en oleadas monótonas³. La mujer está al mismo tiempo lo bastante lejos y lo bastante cerca como para que la dirija. Después de las erupciones — y hay muchas vidas de después — le quedó claro, con una comprensión suave y cenicienta, que todas las relaciones importantes de su vida — con su tío Maurice, con Alkan, con Sikorski y los otros Teóricos de la Cantidad, con sus esposas y sin duda con sus hijos — eran así: *toqueteos familiares, su aliento con el dulzor de la caries en mis fosas nasales, agridulce — pero también radiofónicamente remoto, con sus voces pitando e hipando a años luz de distancia*.

Les cuesta mucho alcanzarse el uno al otro: el psiquiatra y la vieja paciente. Para verla, para *verla* como es debido, Busner debe vadear una sopa Brown Windsor de suposiciones sobre los dementes ancianos. — Retrasados morales, los había llamado McConochie en la apagada y circular sala de conferencias de Herriot-Watt, sin saber ni preocuparse — por lo que el joven Zack podía ver — acerca de si esa enfermedad nacía por herencia, anoxia, espiroquetas sifilíticas, fatiga de combate o alguna otra disfunción de todo el mecanismo carnoso. La hipótesis de la dopamina iba más allá de lo hipotético para McConochie, *el atontado*, cuyo método de exposición favorito era sacar un paciente crónico de las plantas de atrás y *mostrar su progreso renqueante en el podio*. Esto, una ardua parodia del mesmerismo de Charcot, porque eran sus alumnos los que acababan hipnotizados por la monótona descripción que hacía su profesor del esquizofrénico más cercano, cuya enfermedad lo hacía incapaz de evocar el timbre desgarrador de sus

³ Referencia al programa televisivo *Opportunity Knocks*, que se emitió en 1956 y entre 1964-1978 y 1987-1990.

propias voces monótonas. McConochie, el hilo gastado de cuya mente pretenciosa quedaba desnudo – mientras vagaba una y otra vez del atril al radiador humeante – por sus involuntarias referencias a la parálisis general de los dementes, o incluso a la demencia precoz, términos obsoletos que significaban mucho menos que el coloquial: chalado – pero que servían a sus propósitos e inculcaban en sus alumnos – también en Busner – la obstinada convicción de que cualquier paciente interno de larga duración que superase cierta edad no solo padecía una patología definida sino una condición totalmente amorfa. — Por esta cosa de chalados, al mismo tiempo fluida y densa, vadea Busner, y además de atascar el pasillo interminable, también yace en charcos viscosos a lo largo del edificio adicional y sus anexos. La cabeza de la anciana *vibra fuera de mi alcance: un componente de una línea de montaje que acaban de parar los gritos de los trabajadores de la fábrica...* Tiene tics, y sus pies pequeños y retorcidos, metidos en unas infantiles zapatillas de andar por casa, dan patadas a un borde de azulejos de linóleo que se dobla alejándose del asfalto. *Patalea y patalea: microambulación* que sin embargo no lleva a ninguna parte. Busner piensa, inevitablemente, en un juguete de cuerda que traquetea allí mismo, *un maniquí de plástico condenado a derrumbarse...* pero no lo hace y así él continúa, con los muslos *pesados, doloridos* cuando se abre paso a través de su propia indiferencia clínica.

Justo a su lado, encorvado como ella para evitar su hombro tembloroso y mirarle la cara, que aparece... *profundamente enmascarada: piel áspera como una corteza en la que se han taladrado unos ojos aterradoramente móviles.* – Conmocionado, se retira, y la anciana está de repente *otra vez lejos, temblando y con tics, con los dedos escarbando, los brazos flexionados. Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono...* Perceptibles llamas de movimiento se encienden en el lado izquierdo de la mujer, en medio de los más densos matorrales de la acinesia, una parálisis que no es solo de los músculos... *sino de la misma voluntad – ¿abulia?* luego suben ardiendo por un brazo, pasan por los hombros, antes de *explotar en chispas de tics y así extinguirse...* *La tortícolis* viene a Busner *inútilmente* – y tal es el drama parasimpático que acaba de ver que se queda atónito cuando dos miembros del personal auxiliar, con el pelo negro y rizado *crema gasificada* en blancas caperuzas de nailon, se separan con naturalidad para evitarlos – ... Digo que le hagas a una chavala una oferta que le guste, sus observaciones vuelan entre él y la anciana... Ves, sube aquí casi todos los

días... – antes de reunirse otra vez y seguir, indiferentes. — *La mujer eléctrica nos espera a ti y a mí...*⁴ con Nescafé y un porro de marihuana quemando goma tras el acto del International Times en Roundhose. En algún sitio del cuchitril de una sola habitación de Chalk Farm... Busner se había llevado el *veneno de colmillo retorcido*, le habían llamado la atención las ediciones en rústica de Ronnie Laing y Jean-Paul Sartre amontonadas en la estantería de madera y obra... *repugnante*. El pelo del novio caía más lacio que la cortina de cuentas que ella hizo tintinear cuando entró con las tazas. Iba vestida de terciopelo – el novio llevaba una *especie de saco de arpillera*. ¿Era Busner quien había viajado en el tiempo desde un pasado tan chirriantemente austero como su chaqueta deportiva con los colores de la carta de ajuste y corbata inarrugable o, al contrario, eran ellos los que habían viajado en una espiral de op-art desde un sueño opiáceo preindustrial de afectación y mugre? *Luego...* ella lo ungió frígidamente con Bálsamo de Tigre y copularon sobre un suelo de cojines cubierto de tela india que tenía diminutos espejos cosidos al brocado. Al novio no le había importado *tengo que irme, tío* y Busner fue... *una cosa víperina abriéndose paso dentro de la bata de la mujer*. Ella jugueteó con los botones de hueso sobre su garganta de terciopelo. La piel y los pelos de él se enganchaban en los espejos, sus dedos *hacían cuanto podían con sus pezones*. *Ella me miró despectivamente desde abajo...* una de sus pantorrillas yacía fría sobre las tablas del suelo. Se oía *el débil aplauso de las palomas* al otro lado de la ventana. — Siente la fuerte inclinación de tocar a la anciana, el tacto, piensa, podría liberarla de este trance – pero antes: ¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudarle? *Nada*. La cara del revés *me mira fijamente*, los ojos se deslizan hacia abajo y vuelven a alejarse, pero el foco de atención está detrás o frente al rostro de él, nunca sobre este. – ¿Puede decirme en qué planta... está? La agarra del brazo – con más firmeza de la que pretendía *hipertonía aguda músculos viejos y gastados pero tensos, los huesos bajo la manga acrílica, la manga de nailon, la piel de lona... delgadas varas de metal*. El elegante nuevo reloj de cuarzo gira su cara negra y brillante en su propia muñeca rechoncha mientras el malestar de la anciana vibra a través de él... *Abí viene Zachary...* él se pregunta: ¿Estoy desenfocado? Ashwushushwa, farfulla ella. ¿Qué? Ashuwa-ashuwa. Uno de sus

⁴ Uno de los versos de la canción «Have You Ever Been (To Electric Ladyland)», incluida en *Electric Ladyland*, de The Jimi Hendrix Experience, en 1968.

ojos brillantes mira lascivamente el suelo. Dice él: ¿Son mis zapatos, mis Hush Puppies? El ojo de la anciana se cubre de decepción – luego se aclara y mira de reojo el suelo otra vez. Babea, la saliva se le acumula en el pómulo y se extiende sin interrupción hasta el punto donde garabatea sobre la baldosa como *el rastro plateado de un caracol*. Finalmente... *el lento, estúpido Zachary* se agacha y empuja hacia abajo el borde de la baldosa para que la punta de la zapatilla que pataleaba pase sobre él. Luego... ¡la anciana se va! No renqueando sino caminando con suavidad y fluidez, con los hombros rectos, el cuello erguido sosteniendo la cabeza mientras los brazos se balancean libres de toda rigidez. – A Busner le ha costado tanto alcanzarla, le ha llevado tanto decidirse a tocarla, que ahora se queda atónito: debería estar justo delante de él y no a veinte metros de distancia y *cayendo por el largo hueco del pasillo*. Solo que... el paso de la mujer es cada vez más rápido y luego *demasiado rápido... festinación*, otro latinismo que no viene a cuento, acude a su cabeza mientras la anciana *es arrastrada lejos de mí sobre la marea marrón...* ¿Es esto, se pregunta, un contradictorio efecto secundario de la medicación? ¿La huida de lagarto que hace de contrapunto del plúmbeo paso del Largactil? Porque, por supuesto, es impensable que no le administren algún tipo de clorpromazina – se la dan a todo el mundo. La droga satura el hospital como antes el paraldehído empapaba el manicomio, aunque algunas voces aisladas – entre ellas la voz acallada de Busner – sin dudar de su eficacia, su... humanidad... han cuestionado que sea necesaria. Pese a todo el bien que hace, porque no hay forma de condenar su flujo dulce y sepia, una sola oleada que sin embargo ahoga muchas, muchas voces. Desde su llegada a Friern, a Busner, que no había visto tantos enfermos mentales crónicos en el mismo sitio en muchos años, le ha sorprendido *la coreografía*, el lento paso de zapatillas del coro del que de vez en cuando un miembro principal se libera dando patadas al aire, en un remolino de brazos y piernas. Detectado ese tranquilizante – pero también consciente de un constante ritmo de fondo de movimientos involuntarios: la discinesia tardía que deforma los cuerpos de los internos, manos que aletean, músculos faciales contorsionados, *cabezas que se sacuden...* Los poseen, piensa, antiguas subpersonalidades, los bloques de construcción neurales de la psique... *Se ha ido* – o, al menos, está demasiado lejos en el pasillo para que la vea como *una partícula humana*. Busner, que siente interés por la mayoría de las cosas, ha leído sobre los aceleradores lineales, y saca un bolígrafo

de punta verde de la hilera que guarda en el bolsillo del pecho – verde para sus comentarios más imaginístico, rojo para las observaciones clínicas, azul para los recuerdos, negro para las ideas – y luego escribe en el cuaderno que ha sacado y abierto: ¿Con qué se chocará? ¿Qué pasará entonces? Todas sus partes subhumanas, ¿se pueden observar? en el pasillo largo y oscuro donde juegan a todo: *saltar* y barcos y *aros por chocolatinas*. Mary Jane viene a *darles una zurra*, ¡Ojo con el rodapié!, grita. En el pasillo todo está oscuro – tan *oscuro como una mina de carbón*. La única iluminación viene de un tragaluz de abanico sobre la puerta, llega los días de sol en un solo haz una *escalera de Jacob* que selecciona una *zarza ardiente* en las tablas del suelo sobre las que saltan Stan y Audrey – Mete la mano izquierda, saca el brazo izquierdo, muévete un poco, un poco, luego gira, los niños, cantan *Loobelloo, loobelloo*⁵, pero Bert se ríe de ellos: Pobres, no tenéis ni ropa, solo batas, y abre con fuerza la puerta delantera y sale al rellano a jugar con sus canicas... su *ganador... su cinco y seis y todo*. Las tiene todas pulcramente envueltas en uno de los moqueros de su padre, envueltas y atadas en un pequeño fardo. Se sienta en el escalón y las saca y las pone en fila. Audrey mira desde detrás de la puerta y ve *marrón arcilla, remolino, tripa de cristal* con *rayos de sol* brillando a través de ellas *tan bonitas* que no puede resistirse cuando él baja los cuatro escalones para sentarse en el bordillo y retorcer la paja caída – *la coge* y se mete dentro. Stan abre mucho los ojos, Ya verás, dice, ya verás. Están de pie en la *zarza ardiente* mirando la canica listada que brilla en la palma de la mano de Audrey y ninguno de los dos se puede mover – Mete la pierna izquierda, saca la pierna izquierda, saca la pierna izquierda, *saca la pierna izquierda...* pero no durará *para siempre*, está atrapada pataleando y pataleando contra una barrera invisible, mientras, aterrorizada al imaginar lo que Bert *me hará*, la cabeza de Audrey se sacude, *mete el coco, saca el coco...* La puerta se abre ruidosamente sobre las bisagras y ahí está él: ¡Dónde está la de rayas! Aúlla, luego carga contra ella, *Métete entera, ahora sal entera...* Le agarra tan fuerte de la muñeca que nota los huesos girando dentro, luego se la retuerce para que el puño se abra impotente. ¡Ay-ay-ay! ¡Ay-ay-ay!, gimotea ella. Los ojos del hermano mayor están fijos en su amada canica, pero los de ella, los suyos, se sienten igualmente

⁵ Los niños cantan y bailan el «Hokey cokey», una danza participativa a la que pertenecen estas frases.

atraídos por el brazalete que lleva él, con sus segmentos dorados *fieros* en la *zarza ardiente*, y en la parte trasera una enorme joya negra *las cuentas de azabache de Madre*. Audrey se tambalea, casi se cae, se dobla para escapar del *dolor* y se queda allí atrapada, sintiendo la larga franja *vulcanizada* de tensión que orbita en torno a su parte central y se dirige en ambas direcciones a lo largo del pasillo *un tubo interno ajustado en torno al borde de una rueda de bicicleta*.

Atrapados en la carne presente están los fragmentos reflectantes de una explosión devastadora: una bomba de relojería preparada en el futuro y colocada en el pasado. Los escombros incluyen la hilera de casas de Novello Street hacia Eel Brook Common, con los dos pisos superiores de alfarjía e inclinados sobre la carretera bajo picos de viuda de tejas arrugadas. Está el gordo vientre del horno de la fábrica de cerámica en el recodo de King's Road y el deshilachado patrón de los tejos en los terrenos neblinosos de la Casa Carnwath. El Viejo Támesis traga montones de mala hierba y grasa atascados en el barro a largo de la ribera, desde el puente hasta la estación. Su padre chupa una rama de avellano que ha cortado y tallado con su navaja para meterla y sacarla de su boca embarrada, entre los dientes de mala hierba y grasa que le quedan. —El padre de Audrey, Sam Death: no De'Ath, no de dar-se-aíres, como otros que piensan que son mejores de lo que son. Por ejemplo, el hermano de Sam, Henry, que se hace llamar así, y reside en una nueva villa en un sitio que se conoce como Muswell Hill. Tienen su propio general, los De'Ath. Audrey lo ha oído tantas veces que incluso ahora, cuando ya tiene diez años, no puede impedir esta visión: un hombre robusto con una chaqueta escarlata que lleva por todas partes galones de oro, sentado en una silla de cocina en el cuarto de la limpieza. Blancas patillas sedosas en el borde de su cuello alto, mejillas rojas apretadas contra la pared encalada. No es que la madre de Audrey hable del general de los De'Ath con envidia — siempre ha habido cierta amabilidad al respecto: aunque los Death no son de la clase de gente que tiene sirvientes, tampoco son de *los que sirven*. Y, aunque los Death no son mejores de lo que debieran, tampoco son peores de lo que podrían ser. Cotilleos en el salón antes de que pusieran la nueva estantería, antes de que llegara el piano de pared — cotilleos cuando Mary Jane puso una lámpara solar en la mesa al atardecer y suavizó las esquinas de la habitación con su globo dorado de luz. Malas lenguas, cuchicheaban, granujas, vagabundos — varios acudieron en distintas ocasiones para decir:

Buenos días, señora, he estado en la cola del asilo de Lambeth,⁶ y un tipo me ha dicho que si venía al oeste me daría diez. Pero Sam Death no se andaba con susurros: ¡Diez! ¡Diez por un jamelgo asmático lleno de gachas! ¡Puedes considerarte afortunado si te vas con tres peniques – ahora a tomar por culo o llamaré a la poli! Los vagabundos no se enfadan – tres peniques son *una buena tajada*, así que salen de la avenida hacia Fulham Road, se ponen la gorra mientras el padre de Audrey se abrocha los largos faldones de su abrigo de piel de conejo y dice: Ese no va a cenar con el duque Humphrey esta noche. Audrey nunca ve al *jamelgo asmático*, solo sabe del otro hermano de su padre por esas salidas nocturnas – Sam se marcha para reunirse con él, murmurando que: Es una pena tremenda que el Honrado John Phelps del ferry ya no esté, y que no pueda llevarlo al lado de Surrey. Así que James Death, el tío pobre, se convierte en todos los pobres para Audrey – cuando la mandan a buscar a su padre en el Rose & Crown a la hora de cenar, *la de Jim* es la sombra que hace cabriolas junto a las bailarinas del escotillón. A la luz de una lámpara de nafta, lo ve, humillándose tras uno de los puestos ambulantes del mercado de Monmouth Street – encogido de miedo, recogiendo pieles de naranja y *apretando la sonrisa de la fruta sobre su boca de viejo...* Luego está el hombre que pinta la acera arrodillado delante del quincallero de Kingstreet, donde Audrey espera mientras su madre entra para comprar una lata de limpiador Zebra. Ese hombre-rata traza una horca en el granito con carbón, no tiza – una madeja deshilachada de signos de la que cuelga el Tío Jim, mientras canta *La san-gre de Je-sús nunca me ha flla-do...* con la gorra en la mano.

Stanley, con su chaqueta colgada en el cerrojo del retrete, vierte la cámara blanquecina en la ranura de hierro – *Gilbert, Gilbert Cook...* hace algo similar, así que Audrey *me muerde el labio*-. Pero todavía no – antes de eso, Albert se sienta a la mesa de la cocina, con las mangas de la camisa sujetas por bandas *fascinantes*, y sus padres ya se llaman Deeth, para rimar con los *teeth* que Sam hurga, con la cara *hinchada y roja como una remolacha*. Tendrá una apoplejía, jefe, le dice Albert, mojando la plumilla y llenando la línea de Olive en el impreso del censo con una caligrafía rápida, hábil, oblicua, de oficinista. No me llames jefe, listillo, gruñe Sam, ¿qué más da que cambiemos una *a* por una *e*? ¿A quién le importa, aparte de a no-

⁶ Un *spike* o *workhouse*, donde se daba alojamiento y empleo a quienes no podían mantenerse por sí mismos. Lambeth es una zona del centro de Londres.

sotros? Albert tiene la cara de su padre, que sería bastante hermosa en un hombre gordo, aunque resulta rara en sus cabezas ahusadas – la carne suave *se amontona* sobre sus cejas y en las mandíbulas. Será asunto del ministerio, diría yo, sería mejor si lo dejara – y mientras habla Albert sigue escribiendo, Death, Violet May, hija, —, — — —, — —, En segundo lugar, con la pluma *morseando* de caja a caja y los guiones indicando otras características compartidas – al menos hasta que haya ido a las habitaciones, no quiero hablar por los demás... quienes, pese a que han crecido con Albert siempre delante de ellos, todavía se sienten inquietos cuando hace dos cosas a la vez, *ambas perfectamente*: tocar el piano y leer el periódico vespertino, calcular el tiempo de cocción de un huevo mientras suma los gastos de la casa – nunca le falla la alternancia entre mano y pie, ni la coordinación entre ojo y mano, ninguna variabilidad de escalas lo confunde. Son gemelos en una sola piel, dijo un bromista local, al ver cómo Bert golpeaba impecablemente un balón de volea mientras señalaba posibilidades para el jefe en el Pick'Un⁷ con el último trozo de un lapicero – eso cuando padre e hijo todavía estaban unidos, en Craven Cottage, un campo pisado y aplastado hasta convertirse en cenagal felizmente torturado. Audrey pensó: si somos Death, el tío James debe de ser *dearth*⁸ – una palabra extraída de la Biblia y de Bunyan en el colegio, ya que los Death no son asistentes habituales al oficio religioso, y tampoco van a comulgar.

Cuando cuatro de los cinco hijos de los Death habían dejado la casa de Waldemar Avenue, Samuel A. Theodore Death, de cincuenta y un años, casado a los treinta y uno, Inspector Nocturno de Garaje, Omnibus Company, Obrero, todavía era conocido familiarmente como Rothschild Death, por las apuestas y el abrigo de piel de conejo, y las *medias y medias* que se bebía en pubs y garitos desde King Street hasta Parsons Green y Mortlake, cervezas que impartían un lustre jovial a su revestimiento de ampulosidad. Familiarmente, *sí*, porque *a esos no se lo diría*, pero oficialmente era Deeth, y cuando los tres Deeth se trasladaron de la arcilla de Londres a la marga roja de Devon, con la ayuda de Albert para instalarse en una casa de campo de Cheriton Bishop – donde se

⁷ *Pick'Un* era un nombre coloquial para el semanario británico *The Sporting Times*, publicado entre 1865 y 1932, que prestaba especial atención a las carreras de caballos.

⁸ *Death*: 'muerte'. *Dearth*: 'escasez', 'carestía'.

había criado Mary Jane – la gente de la zona empezó a llamarlos los Deer. — Sam Deer se tambalea por el pequeño jardín, Olive Deer lo observa. Ella ha visto fotos en el semanario ilustrado y ha leído el texto que las acompaña. La fotografías son crípticas – las palabras tremendamente alusivas. Olive, que no sabe nada de los cuerpos adultos salvo el suyo, todavía se pregunta por qué llevan comida a las mujeres de la prisión de Holloway que no quieren comer... que mantienen las mandíbulas fuertemente cerradas. Se pregunta cómo sería contarle a alguien que un retorcido riachuelo de hormigas se ha filtrado en la casa desde el jardín empapado por la lluvia. Ha entrado, ha inundado las escaleras, ha absorbido los arroyos de los bordados y ahora, de una manera que no es desagradable, está infestando *mi cosita*.

Stanley arregla la cámara de la rueda, la mete en el agua del cubo de madera, la *anguila retorcida* envía un *pipí* de burbujas a la superficie. La saca, la limpia, señala sus *agallas* con la tiza. Atrapada en la esquina, el pasillo se extiende ante ella... *más largo que el tiempo*. Audrey *arde de codicia* por esa bicicleta, convencida de que puede llevarla mejor que él – de que puede arreglarla más deprisa. *Hecha un pincel* con el traje a medida que ha comprado con el sueldo de su primera semana en Ince's, desea la bicicleta – y está ofendida con su hermano. Una cosa era enjabonar los cuellos de las camisas de Bert – porque cuando eran pequeños la primacía del mayor se daba tan por supuesta que no había más necesidad de hablar de ella que *de lo que hacías en el retrete*. Pero Stanley – su *bebé*, su *sana-sana*, que tuviera esto en vez de ella, bueno, estaba destrozada, en su interior crecía la sospecha de que nunca *le he importado un bledo*. Jugando, jugando a Queenie – y yo era Queenie y los Wiggin se *burlaban de mí*... y ese chico asqueroso, de Sands End – del que Madre dijo que su ropa apestaba a gas – coge la pelota y la tira en un charco, luego la embarra de mierda de caballo y cuando me doy la vuelta me la tira tan fuerte que la cuerda se rompe y todo el papel empapado y manchado de mierda me envuelve la cara y me salpica la bata, y Stan salta sobre él, dándole duro, defendiendo a su hermana mayor, y el chico de Sands End llevaba unas botas de clavos, sin calcetines, solo esas botas... que se acercaban a la cara de Stan... ¡un grito! Los Wiggin chillando, escapándose. Debía haberse soltado un clavo – había mucha sangre. Cuando Bert salió de la casa y loechódeallí, el chico de Sands End estaba escupiendo: ¡Eh! ¡Méate por la pata abajo y juega con el vapor! Aun así... quizá... quizá... incluso entonces *era todo un maldito espectáculo*...